

# GACETA UNIVERSAL

HOJA LITERARIA

AÑO II.—DOMINGO 9 DE FEBRERO DE 1879.—NÚM. 31.

## Ecros de la semana.

Será de muy buen tono, no lo niego, pero á mí me causa malísimo efecto eso de que para celebrar cualquier acontecimiento en España hayamos necesariamente de comer en franceses.

Digo esto apropósito de la inauguración del ferrocarril de Madrid á Ciudad-Real, donde no ha faltado su correspondiente banquete á la francesa.

Hé aquí el *menu* que publican los periódicos cuyos representantes asistieron á la comida:

*Potages:* Consommé á la Royale.—Purée á la Agración.

*Friture:* Pâtés á la Frascati.

*Relevés:* Saumon á la Hollandaise et beurre d'ecrevisse.—Filet de bœuf á la Régence.

*Entrées:* Suprêmes de poulardes á la Financière.—Bastions de perdreaux á la Kars.

*Punch imperial.*

*Légumes:* Salade á la Caboul.

*Rotis:* Dindonneaux garni de bécasses.—Jambons de York á l'Espagnole.

*Entremets:* Cronstades á l'ananas.—Napolitains la gelé.

*Desserts:* Café-Liqueurs.

Por mi parte, á este *menu* y á todos los *menus* habidos y por haber, preferiría siempre el *menu* de las bodas de Camacho...

¡Aquél sí que era un *menu* verdaderamente espléndido y nacional, y no esos *tiquis-miquis* de relevés, *entrées* y *légumes*!

¡Válgame Dios, y cómo se reiría de nosotros el gran Sancho Panza, si resucitase, cuando oyese hablar de esos relevés y demás zarandajas gastronómicas!... ¡Seguro estoy de que á todos esos *menus* había de preferir el buen Sancho la sustanciosa espuma de otras ollas podridas, tales como aquellas que tanto alegraron su corazón cuando aliviaron las atrasadas abstinencias de su escudero estómago!

Verdad es que si el gran Hidalgo manchego y su leal escudero resucitasen, no podrían digerir esa *bazofia lingüística*, hoy tan en boga, y moriríanse indudablemente de una indigestión de *gabacheras*, mucho antes de que pudiesen enderezar todos los *entruetos lingüísticos* que hoy se cometen á ciencia y paciencia de los caballeros más ó menos andantes que se reúnen en una casa de la calle de Valverde, sobre cuya puerta se lee el siguiente mote: *Limpia, faja y da esplendor*.

Guárdense, pues, de resucitar el platónico amante de Dulcinea y el panzudo esposo de Mari-Gutierrez, si quieren evitar el disgusto de ver que en España no se habla ya la hermosa lengua que ellos pusieron tan en su punto, sino una especie de jerigonza antinacional y ridícula.

Los asistentes á la inauguración del consabido ferrocarril han comido bien, muy bien, ¡como que comieron en franceses! pero en cambio viajaron á la española, ó lo que es igual, desafiando toda clase de peligros, entre otros, los insignificantes de hundimientos, desprendimientos y descarrilamientos...

¡En esas cosas sí que somos españoles, pero españoles netos!

Quédese para otros el imitar lo bueno; en España sólo imitamos lo que nos perjudica.

Al abuso excesivo del crédito atribuye un periódico de Londres la crisis económica que viene pasando hace tiempo sobre Inglaterra.

¡Bah! Pues si el abuso del crédito produce quiebras, digo á ustedes que á esta fecha no habrá un solo español que no necesite de cierto aparato ortopédico.

¡Pues si en España nadie vive más que de prestado!

Que lo diga si no el Sr. Orovio, que para sostener el crédito nacional ha encargado un aparato de dobles almohadillas, cuyo artefacto pagará el País con el producto en venta de los montes públicos, es decir, con el último terruño que nos queda... ¡De qué poco se asustan los ingleses... de Inglaterra!

¡Quebras!... ¡Quebras!... En España

todos estamos quebrados, y sin embargo, no nos preocupamos de ello. Hagan lo mismo los ingleses.

Por si la flojera, la langosta y la contribución no fueran bastante para concluir con la agricultura, se ha presentado una nueva plaga en una de las localidades más ricas de España, en la Sagra de Toledo.

Consiste la nueva calamidad en un insectillo llamado *San Pedrito*, el cual no destruye el trigo, es verdad, pero lo inutiliza para servir de alimento, toda vez que con sólo posarse en una espiga un *San Pedrito*—¡qué gracia de avechuche!—deja en ella no sé qué sustancia, que da al trigo un sabor insoportable, el cual se transmite á la harina y al pan.

Conque ya lo ven ustedes: éstas son las plagas de Egipto.

La zarzuela *Vivan las caenas!* estrenada el viernes, obtuvo un éxito menos que mediano.

El autor del libro no se ha propuesto otra cosa, á lo que parece, que presentar una serie de cuadros de costumbres, pintándonos en ellos la época de la reacción absolutista, allá por el año 23; pero lo ha hecho con tan escasa fortuna, que no ha logrado complacer á los absolutistas ni á los liberales; y como esa obra no puede menos de ser esencialmente política, claro es que, no inclinándose en ella á favor de unos ú otros, había de suceder lo que ha sucedido, no ser del agrado de los otros ni de los unos, y de ahí el fracaso de *Vivan las caenas!*

La música no es más que mediana, exceptuando el coro de la ronda de Chapelon, que es muy bonito.

El público no manifestó gran deseo de conocer el nombre de los autores; pero toda vez que los carteles los anuncian, diremos que el libro es del Sr. Escrich y la música del Sr. Rogel.

El inteligente actor Sr. Mario ha iniciado el proyecto de erigir un monumento dedicado al eminente actor, gloria de nuestra escena, Julian Romea.

El pensamiento ha sido aceptado por todos los actores y por las principales empresas teatrales de la corte, prestándose unos y otras á dar algunas funciones para allegar fondos al fin indicado.

El pensamiento nos parece muy digno de aplauso; pero ¿no sería bueno que el Sr. Mario, ya que quiere honrar la memoria del inolvidable Romea, empezase por no desprestigiar el noble y difícil arte en que tanto sobresalió el gran intérprete de *El hombre de mundo*, con anuncios como el siguiente?

—¡Pus miá tú si es ganga, Nemesia!

—¿Que me cuentas?

—Ná, que mi hombre me entrega completo el jornal; que ya dice que dicen que no tiene ná con aquella chata, tuerta, remellá y un poco zamba que vendía los dárclimos en el café del Cante. Que no arma broncas con mi madrastra, ni le pega á los chicos... en fin, no se apitima, conque... ya ves.

—Pus apúntate ocho. Ya eres más feliz que un ministro de Hacienda.

—Y dílo.

—¿Y qué santo te ha hecho esos milagros?

—Nenguno.

—¿Ha convertido á tu hombre algun arzobispo?

—Menos.

—¿Le ha entrao la flojera?

—Puede.

—¿Habrá tomao el agua de Chiloeches!

—No, hija: no ha hecho más que dir unos días á ver una revista...

—¿Melitar?

—No, de teatro, y que se llama *Esto, lo otro y lo de más allá*...

Nota. Se venden billetes en contaduría.

Este anuncio, y otros aún más grotescos é impropios de una empresa seria, se reparten por las calles de Madrid, —suponemos que por disposición del empresario y director del teatro de la Comedie,— y francamente, nos causan esas chocarrerías malísimo efecto; y por eso nos tomamos la libertad de aconsejar al Sr. Mario que no emprenda el camino que en buen hora abandonó Arderius.

Es un consejo de amigo.

WERTER.

## La Montaña Blanca.

Páginas de 1808.

En Marzo de 1808, Napoleón I había conseguido que Carlos IV y su esposa, la reina doña María Luisa, se refugiase en Bayona, adonde también llegaron en breve término otros individuos de la familia real española, amen del tristemente célebre D. Manuel Godoy, duque de Alcudia y príncipe de la Paz, quien, desde el castillo de Villaviciosa, en que estaba preso despues del famoso motin de Aranjuez, fué escoltado hasta la frontera francesa por unos cuantos jinetes del gran duque de Berg.

Mientras tanto, para ejecutar el último acto de la farsa indigna que en nuestra patria se preparaba, hallábase en Madrid el general Savary, agente de Bonaparte, y hombre astuto y audaz, cuya misión principal consistía entonces en obligar á Fernando VII á refugiarse igualmente en Francia.

El 3 de Marzo había entrado en la Península el gran duque de Berg, á la cabeza de poderoso ejército, y el día 23 llegó á Madrid, de acuerdo con el agente Savary.

En el siguiente día, 24 de Marzo, hizo su primera entrada pública en la capital de España el rey Fernando VII, en medio de entusiastas aclamaciones, y realmente sinceras.

¡Si entonces, contando con el amor de sus súbditos, aquel débil monarca hubiese enarbolado dignamente la bandera castellana, tal vez se habrían evitado los horrores sangrientos de la guerra de la Independencia!

Mas, al contrario, empezó por dar oídos á los consejos del astuto Savary, que anunciándole una visita de Napoleón, le inducía á marchar á su encuentro, para estrechar los vínculos de amistad entre ambas naciones.

A Burgos fué el rey, y allí no estaba Bonaparte; siguió á Vitoria, y el emperador no había llegado todavía; se adelantó hasta Irún, y aún no se tenían noticias de Napoleón I. El desdichado monarca español, siempre impulsado por el astuto Savary, atravesó la frontera y penetró en Bayona el 20 de Abril, para ir á parar, rey destronado y hombre prisionero, al sombrero castillo de Valencey. Napoleón triunfaba; ya en Bayona los dos montañas españoles Carlos IV y Fernando VII, el francés obligó al primero á declarar que su renuncia había sido forzosa, y por lo tanto nula; obligó al segundo á abdicar la corona en favor de su padre, y obligó á los dos, por fin, y á los infantes D. Carlos y D. Antonio, á que renunciase en su propia persona...

Hízose el tratado, no se avergonzaron de firmarlo el príncipe de la Paz y el canónigo Escociquiz, como plenipotenciarios de Carlos IV y de Fernando VII, y Napoleón I nombró enseguida rey de España á su hermano José Bonaparte.

Pero Napoleón I no contaba con la huéspedada, ni tampoco con el general *No-importa*.

En toda la Península resonó bien pronto el estruendo de la guerra, estallando la indignación castellana, despues del Dos de Mayo en Madrid.

Palafox había rechazado en Zaragoza, ciudad abierta, á las tropas francesas, causándonos considerables pérdidas; Moncey fué derrotado bajo los muros de Valencia; la escuadra francesa, que mandaba el almirante Rossilly, sucesor del infante Villeneuve, rindióse en la bahía de Cádiz; el general Castaños consiguió la memorable batalla de Bailen, y el rey intruso, José Bonaparte, huyó de Madrid precipitadamente... delante del victorioso ejército español.

Por ventura, ¿estos brillantes triunfos decidieron el éxito de la lucha?

¡Ah, no! La guerra es un juego terrible que comienza por halagar el amor propio de uno de los combatientes, y termina casi todas las veces aniquilando á los dos, á los vencidos y á los vencedores.

A España vino entonces el vencedor de Austerlitz y de Marengo, conduciendo un nuevo y aguerrido ejército; recogió los destrozados restos del primero, arrolló á nuestros bisoños soldados en Espingosa, en Tudela y en Somosierra, y avanzó hacia

contra Madrid, en los últimos días de Noviembre de 1808.

A cuatro leguas de la capital de España está situada la villa de A..., célebre por la hermosura de sus hijas y por el valor de sus mancebos, y también por el rico vino que producen sus feraces campos.

Entre sus habitantes, como entre todos los españoles de entonces, el amor á la Patria se había exaltado hasta el fanatismo, hasta aquella locura temeraria que produjo tantas hazañas y glorias tan brillantes; y si los hijos de la villa tenían por perdido el día en que no señalaban con una cruz negra las anchas hojas del registro municipal, en memoria de haber dado muerte á un soldado bonapartista, á un enemigo de la Patria, las doncellas detenían sus miradas más dulces en el mancebo que llevaba á cabo cualquier hecho atrevido en daño de los *perfidios invasores*, y le coronaban la frente con modesta diadema de laureles y mirto.

Era el 30 de Noviembre, y á la villa de A... acababan de llegar algunos fugitivos de los pueblos inmediatos, anunciando con llanto en los ojos y rabia en el corazón que las avanzadas del ejército francés debían hallarse á la vista.

—¡Imposible!—contestaba el alcalde, que á la sazón estaba en la plaza de la villa, rodeado de varios vecinos.

—¿Por qué, señor Fernando?—replicó un impaciente que le oía.—¿Por qué ha de ser imposible?

—¡Toma! Porque no me han avisado para que prepare las boletas de alojamiento.

—¡Mal rayo parta á esos perros franceses! ¿Conque también querrán hospedarse en nuestras casas?

—¿Sabe usted, señor Fernando, lo que digo?—interrumpió un bizarro mancebo.—Dilo, muchacho.

—Pues es el caso... ¡Diablo! Con veinte tiradores que se apostasen en la Montaña Blanca...

—¿Qué quieres decir, hombre? ¿Por Jesucristo bendite!

—Y digo bien, señor alcalde; veinte hombres allí, con buenas escopetas y mucha hiel en el corazón, y... ¡mueran los franceses!—gritó de pronto el varonil mancebo, con ecos poderosos.

—¡Mueran los franceses!—repetieron cien bocas á la vez.

El señor Fernando agitó su larga vara para imponer silencio á los imprudentes, mas los gritos se redoblaban con entusiasmo, y el eco repetía en todos los ámbitos de la villa: ¡Mueran los franceses!

El pobre alcalde, no teniendo fuerza, ni acaso voluntad, para hacer callar á los gritadores, salió contrariado del corro y tomó lentamente el camino de su casa.

—¡Ea! ¿Quién me sigue?—preguntaba entretanto el mancebo que había lanzado el primero gritos de muerte contra los invasores franceses.

—¡Yo!—respondieron ciento.

—¡Andando! ¡A la Montaña Blanca!

El alcalde de A... señor Fernando Reguera, hombre de ánimo esforzado, habría sido el caudillo de los veinte buenos tiradores y habría muerto el primero en el campo del honor y de la gloria peleando por la causa santa de la independencia de la Patria, si elevadas consideraciones de patriotismo y un respeto sagrado á las órdenes de sus jefes no le hubiesen obligado á permanecer en su casa.

Ocultábase á los vecinos de A..., pero aquella misma tarde había recibido una orden del intendente general del ejército francés, en la cual se le mandaba que tuviese preparadas raciones para veinte mil soldados y alojamiento para los jefes.

Esto le importaba poco al animoso alcalde, partidario acérrimo en aquella época del famoso y nunca vencido general *No-importa*; mas recibió también anteriormente un oficio de Madrid en que se le ordenaba no presentar obstáculos de ninguna clase al paso del ejército francés por los desfiladeros inmediatos á la villa, porque la regencia había decidido abandonar sin combate serio la capital de España.

Estos dos documentos los hemos visto originales.

Entró el buen alcalde en su casa, dejó en un rincón la vara, arrojó sobre una

mesa el ancho tabardo en que se envolvía, sentóse en un viejo sillón conventual, y rompió á llorar amargamente, tal vez de desesperación.

A los pocos momentos asomó en la humilde estancia un arrogante joven, y gritó desde el umbral de la puerta:

—¡Adios, padre!

—¿Dónde vas, hijo mío?

—¡A la Montaña Blanca! ¡Mueran los franceses!

—Pero oye, Juan. ¡Por María Santísima que tú no puedes ir, que eres mi hijo, el hijo del alcalde!...

—¡Bueno es eso! ¡Mejor, sí, señor, mejor! Además, la Nicolasa me ha dicho que no se casará conmigo si no voy yo el primero. Conque...

—¡Juan, por Dios!

—Nada, lo dicho. ¿Me da usted su bendición?—añadió resueltamente el mancebo.

—¡Bendito seas, hijo de mi alma, y que Dios y la Virgen Santísima te protejan!—contestó el pobre padre con voz entrecortada por el llanto.

A corta distancia de la villa de A... levántase imponente una larga montaña erizada de rocas puntiagudas, y llena de vertientes y cañadas profundísimas, que apenas ofrecen angosto paso al caminante á través de horribles precipicios en un trayecto de cuatro kilómetros.

Como aseguraban los resueltos mancebos, un puñado de hombres decididos, situados en lugares convenientes, puede estorbar el paso de un ejército numeroso y causar en él considerables bajas.

Eran las ocho de una noche oscura. Napoleón I había penetrado con sus legiones en la Montaña Blanca, y los soldados franceses, soldados que atravesaron los nevados Alpes y las asperezas del Ibartz, caminaban con recelo, casi con miedo, por entre aquellas angostas quebraduras.

Súbito se vió una fogonazo, suena un disparo, y se oye rodar un cuerpo inerte que cae de peña en peña hasta el abismo.

Luégo suena otro tiro, despues veinte á un tiempo, y otros tantos infelices soldados ruedan también á través de las rocas.

—¡Alto!—gritan los jefes.

—¡Fuego!—exclama Napoleón con voz de trueno; y una descarga espantosa, y otras luégo, retumban en el instante, dirigidas al sitio que señalaban los fogonazos.

Descargas inútiles, porque los bravos mozos de A..., acudidos por el hijo del alcalde, estaban ocultos en las hondas cavidades de las rocas.

Cada tiro de éstos, asestado á bocajarro y por diestros cazadores, costaba la vida á un soldado bonapartista, y todas las descargas de los soldados no hirieron siquiera ligeramente á uno de los atrevidos mancebos.

Veinte hombres solos, apostados en la Montaña Blanca, consiguieron estorbar el paso por espacio de diez horas al ejército aguerrido de Napoleón I.

¿Dónde estaban entonces los generales españoles?

Si en vez de veinte hombres hubiesen sido veinte mil, uno en cada roca, en cada angostura, en las cañadas, en los desfiladeros, al borde de los precipicios, en todas partes, en fin, de la accidentada sierra de A..., con piedras, sólo con piedras, habrían deshecho la hueste poderosa de los invasores.

Al día siguiente, Napoleón entró en A..., amenazador y sombrío.

El buen Fernando Reguera compareció con altivo continente delante del vencedor de Marengo.

—Señor alcalde,—le dijo éste con acento breve,—os doy una hora de término para traer á mi presencia á los vecinos de este pueblo que anoche hostilizaron á mis tropas en los desfiladeros de la Montaña Blanca; si no lo hiciéreis, seréis fusilado.

—Ni una hora quiero, ni un minuto, señor,—contestó el alcalde con entereza.—¡Héme aquí! Yo soy el jefe!

—¿Vos?

—Yo.

—¡Miserable! ¿Te atreves á tanto?—interrumpió el gran duque de Berg, que estaba al lado de Napoleón, haciendo ademán de tocar el sable.

Histórico.

Pero Napoleon admiraba a aquel honrado castellano, que con un valor sin ejemplo se sacrificaba voluntariamente por su patria, por librar con su muerte al pueblo de A... de los horrores de una cruel venganza.

Y no sabia entonces que el generoso Fernando Reguera era inocente del hecho de que se acusaba!

Bien pronto lo supo. Cuando salio ya de los labios del emperador una sentencia terrible contra el valeroso alcalde, dos nuevos individuos se introdujeron de repente en aquella angustiosa escena: Juan, el hijo del alcalde, y Nicolasa, la joven novia de este.

No, señor; no ha sido mi padre, exclamó Juan con energia, al mismo tiempo que se arrodillaba delante de Napoleon I, —no ha sido mi padre... Yo he sido, con algunos compañeros, á quienes acudí... Imponedme á mí solo el castigo, y perdonad á mi padre... ¡Yo solo soy culpable!

¡Ah, señor, no lo creais!—exclamó enseguida la agraciada Nicolasa.—El tampoco es culpable; yo fui quien le obligué á marchar á los desfiladeros de la Montaña Blanca. ¡Fusiladme á mí y perdonad á mi Juan y á su padre!

Ante aquel noble pugilato de abnegacion, Bonaparte, admirado, tendió las manos al alcalde, á su hijo y á la joven Nicolasa, dirigiéndoles palabras de clemencia, y dijo al gran duque de Berg:

¡A Madrid! La villa de A... queda libre.

Tal es la historia desconocida de la Montaña Blanca.

Si la capital de España tuvo su Dos de Mayo, si Zaragoza y Gerona tuvieron tambien sus dias de grandes glorias, la villa de A... puede envanecerse de haber tenido por entonces un alcalde, como el generoso Fernando Reguera.—V.

Los colores.

Hay cosas que parecen insignificantes á primera vista, y que, sin embargo, poseen una influencia incontestable, habiéndoles concedido cierta importancia la misma naturaleza. Al número de esas cosas pertenecen los colores, que ademas de indicar á menudo los cambios favorables ó adversos de la atmósfera, anuncian en la sociedad las vicisitudes de alegría ó de tristeza de los pobres vivientes, sirviendo tambien para constituir el termómetro de las edades. Dios los creó para simbolizar su magnificencia, suspendiendo en los aires el matizado y resplandeciente arco iris, así como para demostrar sus infinitos recursos, teniendo con ellos las flores y las piedras preciosas, y el hombre los ha elegido á su turno para formar emblemas expresivos.

En los remotos tiempos de los torneos y caballerescas aventuras, una cinta verde ó amarilla, un lazo encarnado ó azul bastaba para que el paladin enamorado declarara la novelesca pasion que le abrasaba el pecho. Los colores de su dama eran los suyos, llegando á amarlos con frenesí, al considerar su enemigo al que se negaba á reconocerlos por los más hermosos y brillantes. Cada caballero, al tomar parte en la justa ó al participar de la batalla, revelaba, con los que adornaban su armadura, el bando á que pertenecía, y la belleza que lo habia cautivado. Y al retar á mortal combate á su rival de amor ó de partido, defendia con más empeño que la propia existencia el objeto que representaba su fidelidad á los juramentos pronunciados en aras de la patria y de la hermosura.

Cuando la Europa cristiana, conducida por Pedro el Ermitaño, se propuso apoderarse del Santo Sepulcro, entre las banderas de distintos colores que se mezclaban en las mismas filas, señalando, no obstante, á cada nacion sus caudillos y sus soldados, fué una cruz roja el sagrado talisman que unió fraternalmente á la turbulenta multitud. Las emulaciones y contiendas particulares guardaban silencio ante la divisa venerada, cuyo color resplandeciente recordaba á la vez la sangre de Jesus, vertida para consolidar la obra de redencion, y el fuego de la fe que debia inflamar á los cristianos para poner término á las profanaciones con que se complacian en manchar los sarracenos la tumba del fundador de los verdaderos principios de moralidad y caridad.

Manifestábase con frecuencia la opinion de los pueblos por medio de las enseñas, cuyos colores proclaman sus proyectos y sus reformas, siendo grande el poder que aquéllas tienen sobre el espíritu de los

ejércitos en el dia de la reñida lucha. Si los combatientes se sienten desanimados y más inclinados á retroceder que á avanzar, sólo la vista del lienzo donde yacen estampados los colores nacionales, próximo á caer en manos del enemigo, logra evitar su dispersion. El amor patrio se despierta ante algunos tintes hábilmente dispuestos, y adelantándose entonces los que se preparaban á huir, arribaban al triunfo á sus adversarios. Por eso, empuñando Bonaparte el pendon frances en el puente de Arcole y agitando frente á sus tropas desalentadas, consiguió que, trocándose de improviso sus soldados en leones ansiosos de defender los colores que en su concepto personificaban el suelo natal, el honor y la gloria, obtuvieron una de las victorias más cumplidas que se han inscrito en la historia moderna.

Existen colores que, identificándose con la idea que se les atribuye, la preconizan con muda elocuencia; intereses graves y sentimientos irresistibles los han revestido de una significacion universal. Tanto el personaje político, sumido en cavilaciones profundas, como el amante, dominado por la memoria de su adorada, les debe alguna emocion, en armonia con sus impresiones; y la intencion que se les ha comunicado, bajo esta ó aquella forma, responde con silenciosa energia á lo que llevan los humanos en el alma.

En todas épocas ha representado el color negro luto y dolor. Si; funebres colgaduras, oscuras alfombras y trajes sombríos han anunciado siempre lágrimas y tristeza.

Cuando Teseo, deseando librar á Atenas de un tributo vergonzoso, partió acompañando á las doncellas destinadas á servir de alimento al Minotauro y resultó á impedir, matando al monstruo, el sacrificio de tantas infelices, su padre, al decirle adios, temblando por su vida, hizole prometer que si regresaba victorioso mandaría reemplazar las negras velas de la nave donde acababa de embarcarse rodeado de las llorosas vírgenes, con otras blancas que le participaran desde lejos su triunfo. Mas olvidó el héroe, en la embriaguez de aqueste, la recomendacion referida; y Egeo, que espia su retorno á orillas del mar, viendo volver el bajel con su lúgubre velamen, y creyendo haber perdido su hijo, se precipitó desesperado en las espumantes olas.

Un lienzo blanco flotando entre la arboledura hubiera evitado semejante catástrofe.

Segun brillantes arbores coronan la mañana, realzan colores risueños el atractivo de la temprana edad. El rosado, el verde y el azul, tan frescos y suaves, simpatizan con la juventud bella y florida, los tintes severos y opacos, con la vejez respetable y melancólica. Diríase que la Naturaleza marca la regla que respecto al asunto han de observar los vivientes en las distintas estaciones de la existencia.

En la Primavera cubiertos los vegetales de gayos capullos, regocujan las miradas; en el Verano, llenas de lozanía azules y rosas, siguen encantando los ojos; en el Otoño, pálido el follaje de los árboles, comienza á evocar imágenes tristes; en el Invierno, teñida la vegetacion de un amarillo profundo y uniforme, recuerda el amarillo profundo y uniforme, recuerda la muerte, que precede á la resurreccion. ¡Ah! Tambien el hombre sufre las mudanzas que experimenta la tierra desde Enero hasta Diciembre, y perdiendo, á medida que se acerca á sus últimos dias, la alegría de los primeros, circuye de símbolos imponentes la venerable ancianidad.

Consultando al par la moda el carácter de las estaciones, prefiere para los meses ardorosos, que empiezan en Abril y concluyen en Octubre, los colores claros, comprendiendo que un traje celeste ó pajizo parece más ligero que uno violado ó carmelita. Entonces se verifican los paseos bajo las enramadas; y al emprender en los pueblos campestres una vida de tranquilidad y sencillez, sueña el más frívolo con las eras patriarcales en que Raquel inspiró una adhesion capaz de arrastrar por amor suyo catorce años de esclavitud, y Ruth se dedicó gozosa á rejuvenecer el corazón del anciano que la protegía.

La ondeante saya azul como el firmamento sin nubes, ó blanca como la plateada luz de la luna que centellea por la noche sobre la cascada murmuradora, aumenta á sus ojos las gracias de la joven que recorre cantando los verdes pensiles. El clima de cada pais designa, ademas, los colores predilectos de sus habitantes, induciéndoles á adoptar los que se hallan relacionados, digámoslo así, con su temperatura acostumbrada. Hé aquí el moti-

vo de que la dama nacida en frias regiones guste de las telas oscuras, mientras la habanera ama con pasion el vestido de cándida muselina y los broches de corales, cuyo hermoso sonrosado le retrata el que ha impreso el sol tropical en muchas flores, frutas y aves de la zona tórrica.

Resalta el amor de Dios hacia sus criaturas en el color que ha dado á la bóveda eterna y á las hojas de los árboles. Un cielo rojo sería tan desagradable como insufrible; una arboleda amarilla ó morada careceria de la fresca deliciosa que hace tan deseada la vegetacion. El Omnipotente, al elegir, pues, el azul para alfombra de su trono, proporcionó á los astros un fondo divino, donde nos encantan sin dándonos; el vestir los campos del verde variado que excluye la monotonía, les comunicó la amena pompa que siempre nos gusta, bien la contemplemos desde la falda de las montañas, bien desde el céneped de las praderas. ¡Ah! ¡Dios es el gran artífice que todo lo medita profundamente, y que uniendo una prevision inmensa á una sabiduria infinita, sacó la utilidad de la perfeccion!

Adivinan á cada rato los astrónomos y los navegantes en el color que adquiere el horizonte si ha de durar la bonanza ó de aproximarse la tempestad. A veces, ántes que asomen las nubes, presagia su experiencia el arribo del huracán, no tardando, en efecto, el gigante de los aires, como lo llamó Heredia, en ocultar con su ropaje sombrío la luz del sol. La oscuridad progresiva que invade la atmósfera, las ráfagas sangrientas que la surcan y los destellos pálidos ó rojizos que el sol despide ántes de nublarse, sirviéndoles de provechoso estudio, les enseñan á disponerse para vencer á fuerza de prudencia y habilidad al enemigo que los amenaza.

Por el color de sus ojos, cutis y cabellos, revelan los hijos del Norte y los del Mediodía el país en que han nacido. Junto á las nieves se pone más blanca la tez y manifiesta el hombre tendencias más tranquilas y profundas. Pasando al abrigo del hogar gran parte de su vida, cobijábase las pasiones en un corazón, como el fuego de la chimenea que lo calienta bajo las cenizas que lo circuyen; interin el hijo de los climas cálidos, dotado de fisonomía más elocuente, de ojos más centelleantes y de cabellera más oscura, se muestra más fogoso en sus sentimientos, sin poseer en ellos la constancia, que pertenece al anterior.

La educacion é inclinaciones del individuo suelen descubrirse en los colores con que simpatiza. Sin duda habreis notado que la coqueta lugareña y la sirvienta inculta se enamoran de los subidos y chillones.

Es preciso tener gustos delicados para apreciar el mérito de esos medios tintes tan suaves y ligeros que apenas pueden definirse. Jamás la campesina fijará su atencion en un vestido de gasé ó chiné, telas de seda potéticas, si se me permite la frase, en que una especie de velo envuelve los matices dominantes, que forman ramilletes vaporosos y tornasoles exquisitos. Pero en compensacion, la dama refinada no profiere para el baile ó la soirée escogida al orgulloso terciopelo y al pesado tisú. Cansada la moda hasta del buen gusto; ha tratado amenguado de proteger los colorines estrambóticos. ¡Inútil tentativa! Considerando sus discretas partidarias chocantes é inmodestos los tintes demasiado fuertes, la obligaron á sustituirlos de nuevo con los graciosos y moderados, que no rechazan ni á la rubia, ni á la trigueña, ni á la gruesa, ni á la delgada.

Antiguamente servian los colores para indicar las diferencias de rasgos. Sólo la nobleza podia usar la púrpura y las telas brillantes, quedando reservados los tejidos oscuros á las clases inferiores.

Ahora bien; para probar el poder de los objetos que animamos con el prestigio de una idea favorita, basta detener la atencion en uno de los muchos rasgos extraordinarios que ofreció la revolucion francesa, á últimos del siglo anterior. La turba enfurecida rodeaba el palacio donde temblaba ante un pueblo sediento de venganza la familia del monarca, destituido en el tribunal de la opinion pública.

Entonces, los mismos jefes del gran trastorno social, compadecidos de sus angustias, hallaron un excelente medio para protegerla. Mandaron extender sobre las cerradas puertas del edificio una ancha cinta tricolor, y llena la multitud de respeto en presencia de los matices gloriosos que simbolizaban el pensamiento reformador de la nacion, conmovida, se retiró en silencio, prefiriendo contener sus recono-

res á violar y romper el emblema de regeneracion y libertad.

En fin, el color que más embellece la faz humana es el carmin, que revela el pudor. La persona, por otra parte, cuyo rostro se enciende, en lugar de palidecer al experimentar una viva emocion, anuncia un carácter más franco y sencillo que aquella en quien una impresion igual produce un efecto contrario; la que al incommodarse se enrojece, es tambien menos obstinada en sus resentimientos que aquella á quien la ira cubre de lividez, pues la cólera roja, como sostiene un escritor célebre, no posee la tenacidad de la cólera pálida; y la que al continuar su camino por entre los desengaños del mundo no pierde la costumbre de sonrojarse, que manifiesta la conservacion del pundonor y la sencillez, merece, por lo regular, mayor aprecio que aquella cuyo semblante impasible indica un corazón gastado é indiferente.

Varietades.

Un viaje de exploracion

AL ÁFRICA ECUATORIAL.

El conde Brazza Savorgnan y el doctor Ballay se hallan actualmente en Paris, de regreso de un viaje de exploracion al centro de Africa.

Hé aquí una sucinta reseña de este viaje, realizado merced á la firmeza de carácter y al amor á la ciencia que distingue á los citados exploradores.

La expedicion, que comenzó en 1874 y terminó en 1878, tenia por principal objeto la exploracion del rio Ogoné. La mandaba el Sr. Brazza Savorgnan, alférez de navio, acompañado del médico de marina doctor Ballay, y asistido durante el primer periodo del viaje por el Sr. Marche, el cual tuvo que abandonar á sus compañeros á causa de una grave enfermedad, que le obligó á volver á Europa.

Despues de haber desembarcado en la colonia francesa de Gabon á fines de 1874, en Agosto de 1875 salieron de Lambarene, último limite de las factorias europeas, para dar comienzo á su arriesgada empresa. Llevaban por única escolta 12 *laptots* (soldados indígenas del Senegal al servicio de Francia), mandados por un tal Hamon.

Desde un principio los dos viajeros tuvieron que luchar con la codicia y la mala fe de los negros, y semejante lucha debia renovarse en todas partes, á medida que iban penetrando en el interior.

Los víveres y el equipaje no podian ser trasportados mas que por medio de piraguas ó á fuerza de brazos por los indígenas.

Entre éstos, los Tnenga fueron los encargados de guiar la caravana francesa hasta la mitad del curso del rio; pero cuando llegaron al país de los Okanda, se negaron á seguir adelante. Estos últimos exigieron pactos imposibles de realizar, y á su despecho se debe la pérdida de algunos instrumentos muy importantes para los expedicionarios. Estos, prosiguiendo su camino, llegaron á Lopé, populosa aldea situada sobre el Ogoné, á la mitad de su curso. Desde este punto, el conde Brazza se introdujo en el país de los Tan, con los cuales pudo establecer relaciones de amistad, y despues llegó hasta Dumé, localida situada en la parte superior del curso del rio, en la que se le reunió el doctor Ballay, en Agosto de 1876. El conde Brazza, extenuado de fatiga, cayó gravemente enfermo. Despues de muchas penalidades y excursiones, y cuando en Abril de 1877 se disponian á alejarse de las cercanías de Dumé, los Adumas se opusieron á su partida, alegando que debian curar los enfermos indígenas y exigiendo precios fabulosos por el trasporte de los equipajes, en caso de que la marcha se realizara.

La situacion era en extremo crítica. No habia más remedio que apelar á la fuga, llevando consigo lo más indispensable. Así lo hicieron, y á costa de grandes sacrificios lograron atravesar los confines de aquel país enemigo. Como Dios quiso, la caravana volvió á verse reunida al pie de la gran cascada de Pubara, más allá de la cual el Ogoné tiene un caudal de agua insignificante.

Y aquí habria podido darse por terminada la empresa, puesto que su objeto se

reducia á saber si el Ogoné estaba en comunicacion con los grandes lagos del interior de Africa, y este punto estaba resuelto negativamente. Pero los dos esforzados viajeros no creian haber hecho lo bastante por la ciencia.

Despues de algunos dias de descanso, con la salud quebrantada y casi faltos de recursos, en Marzo de 1878 resolvieron abandonar las márgenes del Ogoné, para internarse más y más en el corazón del país.

Acercáronse entonces las penalidades, y recorrieron en tan malas condiciones los territorios de los Udumbos, de los Umbetes y de los Baketés, que tuvieron que hacer gala de suma prudencia y extraordinario valor para impedir un saqueo y quizá una matanza general.

La expedicion sufrió cruelmente hambre y sed, pues la carestía asolaba las comarcas por donde aquélla transitaba. Por fortuna, un riachuelo, el N'gambo, que corre hacia Levante, condujo á los viajeros á un rio importante, el Alima, que por primera vez se revelaba y aparecia sobre el teatro de la ciencia geográfica. Este rio, de una anchura y profundidad considerables, es, segun se supone, uno de los tributarios del Congo, del cual el famoso Stanley habia apenas descubierto entonces el verdadero curso. Pero nuestros expedicionarios, privados de toda relacion con el mundo civilizado, estaban muy lejos de sospechar que aquel rio pudiera conducirlos al Atlántico.

Decidieron seguir la corriente del Alima, á cuyo efecto compraron algunas piraguas á los indígenas. Mas no tardaron las demostraciones hostiles, y despues los disparos procedentes de entrambas orillas. Al fin, cierto dia, cuando las balas de los indígenas hubieron dado muerte á tres individuos de la caravana, ésta contestó al fuego con el fuego. Y aquella misma noche llegaron los viajeros á la vista de varias aldeas importantes, habitadas por una poblacion decididamente hostil.

Era indispensable evitar un combate nocturno en medio del rio.

El conde Brazza hizo desembarcar á su gente, la situó en un gran paraje apropiado para defenderse, y se atrincheró para mayor precaucion. La medida no pudo ser más oportuna: al rayar el alba, treinta piraguas llenas de indígenas armados con fusiles atacaron á los extranjeros. La lucha fué breve, y los negros se vieron obligados á emprender la fuga, gracias á la superioridad de las armas de fuego europeas. Apesar de tan excelente resultado, los expedicionarios no podian seguir por tan peligroso camino, con quince fusiles y escasas municiones.

Abandonaron, pues, el rio, que seguia corriendo hacia Levante, y tomaron la direccion opuesta, teniendo la suerte de tropezar con indígenas menos belicosos, aunque desprovistos de todo lo necesario.

Reducida la expedicion al último extremo, tuvo que dividirse. El conde Brazza dispuso que el doctor Ballay y Hamon se dirigieran nuevamente hacia el Ogoné, mientras que él seguia su exploracion hasta más allá del Ecuador. Este fué un acto de supremo heroismo, toda vez que hacia más de cinco meses que los expedicionarios andaban descalzos, con las piernas llagadas, y casi muertos de hambre y de fatiga. Pero el valeroso jefe se vio precisado á retroceder, porque se acercaba la estacion de las lluvias, que al inundar el país, hubieran hecho imposible su regreso.

A mediados de Setiembre pudo dar alcance á sus compañeros, con los cuales descendió por el Ogoné, y el 30 de Noviembre de 1878 la comitiva entraba triunfante en Gabon.

Para resumir en pocas palabras esta expedicion, basta decir que duró tres años, que pasó más de quince meses sin obtener la menor noticia del mundo civilizado; que tuvo que sufrir toda clase de privaciones y luchar con mil peligros; que el itinerario del conde Brazza comprenda más de 1.300 kilómetros, 800 de los cuales recorrió á pie, y finalmente, que la superficie de las regiones reveladas á la geografía, y conquistadas á la ciencia en el campo hasta ahora ignorado del Africa, equivale á la de más de uno de nuestros Estados europeos.